

HUELLAS DE GORRIÓN

Jesús Aparicio González

HUELLAS DE GORRIÓN



ARS  POETICA

Jesús Aparicio González

HUELLAS DE GORRIÓN

Antología poética
(2002-2017)

Prólogo:

JOSÉ MANUEL SUÁREZ

colección

| BEATUS ILLE |

ARS  POETICA
boutique de poesía

Huellas de gorrión
Jesús Aparicio González

Colección: BEATUS ILLE
Dirección editorial: ILIA GALÁN

© 2017 Jesús Aparicio González
© 2017 ARS POETICA

EntreAcacias, S. L.
[Sociedad editora]
c/Palacio Valdés, 3-5, 1ºC
33002 Oviedo - Asturias (ESPAÑA)
Tel. administración: (+34) 985 792 892
Tel. pedidos: (+34) 984 701 911
info@arspoetica.es | pedidos@arspoetica.es

1ª edición: julio, 2017

ISBN (edición impresa): 978-84-947330-5-5
ISBN (edición digital): 978-84-947330-6-2
Depósito Legal: AS 01252-2017

Impreso en España
Impreso por Ulzama

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LA POESÍA DE JESÚS APARICIO GONZÁLEZ

Búsqueda incesante de la más alta paz

Por JOSÉ MANUEL SUÁREZ

El poeta sabio tiende al silencio, no pretende los focos, no ambiciona el aplauso. Se mantiene constante en su lugar y obra, y en el noble orgullo de saber quién es. Así veo yo a Jesús Aparicio González, cuya obra conozco desde hace ya muchos años. Con creciente admiración he ido viendo venir a paso bastante regular sus muchos libros. Además de conocer su poesía casi desde el comienzo, en los últimos años he sido editor de tres de sus libros recientes, los publicados en la editorial Libros del Aire.

Hombre joven aún, su obra ha alcanzado ya un considerable volumen. Ha llegado, pues, el momento de una antología que ofrezca al lector un panorama general de la obra poética de Jesús Aparicio. Hablaré de su poesía viéndola en tres perspectivas: *desde fuera, hacia dentro y desde dentro*. Tres modos sucesivos y complementarios de ver la obra, buscando un acercamiento cada vez más íntimo de su más propio ser. Y, por supuesto, escribiendo desde el entusiasmo, la mejor manera, creo yo, de hacer un prólogo.

I

Empecemos mirando *desde fuera* la obra poética de nuestro autor. Jesús Aparicio González nació en Brihuega (Guadalajara) en 1961. No acostumbra a decir de él nada más que este escueto dato. Solo eso. Lo demás no importa; a él no le importa. Como diciendo: «Nací y escribo; lo que soy está en mis versos». Ni siquiera nos dice los premios que han merecido sus libros, ni las varias antologías colectivas en las que ha participado, ni las iniciativas literarias en las que colabora.

Su amplia obra alcanza ya doce libros, trece con esta antología. Son estos: *Poemas como pasos* (CLA. Bilbao, 1981); *Sendas del corazón* (Acción Getafense, 1988); *Como trago de agua fresca* (El Paisaje Editorial. Bilbao, 1991); *Las caras del espejo* (Miranda de Ebro, 1996); *La casa del*

siervo (AACHE. Guadalajara, 1999); *Con distinta agua* (Aranda de Duero, 2002); *El sueño del león* (Diputación de Guadalajara, 2005); *Las cuartillas del naufrago* (Vitrubio. Madrid, 2008); *La papelera de Pessoa* (Libros del Aire. Madrid, 2012); *La luz sobre el almendro* (Libros del Aire. Madrid, 2012); *La paciencia de Sísifo* (Libros del Aire. Madrid, 2014), y *Arqueología de un milagro* (Ruleta Rusa. Madrid, 2017).

Calculo que serán más de mil páginas de una poesía que ya me apresuro a calificar de única, con la esperanza de saber justificarlo más adelante. Única y al margen; quiero decir en la periferia del mundo literario, lejos del centro, de ese centro sobre el que tanto insisten algunos en convencernos de que no hay otro. Pues bien, yo creo que algunas veces el centro está en la periferia, centro sin fuerza de atracción (que es el poder) pero con luz propia (que es la verdad). La poesía de Jesús Aparicio es un centro de luz que no deslumbra, que acompaña a quien la mira, que alumbró al lector quedando el autor en una discreta sombra. Bien se ve desde fuera. El lector lo comprobará enseguida si abandona un momento esta página y va a cualquier otra de la antología.

Hablo del centro y de la periferia en varios sentidos. Primero, porque los libros de Jesús Aparicio todavía no han conseguido estar en editoriales y colecciones con mayor presencia y difusión en nuestro entorno cultural y literario. Y como parece que solo vale lo que más se

ve, lo que se ve poco se aprecia mal. Es un tópico y, como tal, injusto. Pero es así. Llegará el día en que los libros de Aparicio tendrán la visibilidad que merecen. En segundo lugar, el poeta colabora en cierto modo a estar en la periferia pues no aspira a ningún centro que le viniera de fuera, no ambiciona protagonismo, sabiendo que el centro nadie te lo otorga sino que es una búsqueda sin término en la que se está. Desarrollaré esta idea un poco más en el apartado II.

Finalmente, y seguramente como consecuencia de lo anterior, la crítica con más presencia y prestigio (volvemos al tópico) todavía no se ha fijado en nuestro poeta. Sin embargo, ha sido valorado con gran aprecio, diría incluso que con entusiasmo, por otra crítica, la que se expresa en circuitos y medios que tampoco están en el centro. Crítica y críticos con sabiduría y sensibilidad, con juicio independiente y libre. Quisiera citar aquí algunos de los críticos que ya han sabido valorar y apreciar la poesía de Jesús Aparicio: Carlos Alcorta, Hilario Barrero, Francisco Caro, Pedro A. González Moreno, Manuel López Azorín, José Luis Morante, Álvaro Valverde. En internet se encuentran enseguida sus trabajos.

Sigamos con nuestra mirada desde fuera. Hay algo en la obra de Aparicio que siempre me ha sorprendido, algo que al principio no supe ver bien y que luego, conociéndola mejor, he apreciado mucho. Aprecio que perdura y se acrecienta con cada nuevo libro suyo. Al-

go que sonará extraño: Jesús Aparicio no escribe libros. Él, que ya ha publicado doce. Sus libros son una colección de poemas. Nada más. Pronto diré que nada menos, pero antes tengo que justificarlo.

Los libros de Aparicio no tienen estructura, son una reunión, una suma de poemas. Los mantiene engarzados una unidad de sentido y visión, un tono general, una vivencia, el tiempo que los vio venir y quedar allí sobre la página. Yo, sin embargo, escribo mis libros como una composición armónica de partes y apartados que dialogan entre sí al modo musical. Libros con una alta estructuración interna. Muy alejados, pues, en esto del modo de escribir de Jesús Aparicio. De ahí mi inicial sorpresa hace ya años. Y una cierta incompreensión.

Ya no. Ahora puedo apreciar la personal sabiduría con que Aparicio va componiendo la obra. Su poesía no necesita estructuras arquitectónicas a la vista ni complicaciones armónicas que tantas veces redundan en dificultades de percepción y comprensión de lo único que de verdad importa: el verso; uno a uno. Un ejemplo de otras artes: uno entra sobrecogido en el barroco pero, finalmente, se sale con una sola luz. O va uno a la Séptima de Bruckner, pero vuelve aplastado por el silencio o arropado quizá por alguna vaga súplica. A veces la redundancia añade poco.

Jesús Aparicio tiende a lo esencial, prescinde de abalorios, su poesía va por surcos de claridad que no requiere de columnas ni cúpulas que le den sombra o co-

bijo. Cuando vi esto me di cuenta de que el poeta no hace libros (en el sentido en que los hago yo: partes, estructuras, armonías...); su poesía está antes y después que el libro, va más allá; vive y crece desde una luminosa simplicidad que solo requiere unas cuantas palabras, las que le hacen falta cada día, las únicas necesarias para que amanezca y se haga una cierta luz.

Así pues, Aparicio no hace libros. Parte de una intuición que desarrollará a lo largo de unas cuantas docenas de poemas, volviendo sobre la idea inicial, afinando la sensibilidad a cada paso, mirándolo todo desde allí, sabiendo más cada día, cada página, pero sin decirnoslo, dejando que seamos nosotros los que vayamos viendo y sabiendo con él. Solo en esta antología hay estructura, que ni siquiera lo es pues las distintas partes son los libros de los que han sido seleccionados los poemas. Sus libros son reunión de poesía. Nada más. Sus libros no necesitan andamiajes más o menos redundantes. Y entonces sus libros son mucho más que libros. Nada menos. Por eso ahora sé que la poesía y el arte en general son repetición, reiteración, insistencia. Variaciones sobre un tema propio. La poesía a la intemperie de Jesús Aparicio es un buen ejemplo.

II

Vayamos un poco más adentro en su obra. Es la segunda perspectiva que proponía al principio: después

de un *desde fuera*, un *hacia dentro* que nos permita ver su raíz, aquella intuición de que se nutre y crece. «Caza de mariposas»: así ve Aparicio su poética en el poema prólogo de esta antología. «No se dejan cazar las mariposas. / Se insinúan detrás del aligustre, / revolotean sobre los romeros, / derraman sus sonrisas en los ojos / felizmente abiertos de la caléndula, / [...] / se posan tras la oreja de ese niño / que quisiera aprehenderlas y no puede. / [...] / Le esquivan como versos a un poeta / que no acierta a nombrar qué le da vida: / la sal que está en sus labios desde siempre».

Creo que en estos pocos versos el poeta acierta magistralmente a describir con exactitud y belleza no solo su propio quehacer poético sino el de la poesía en general: una dificultosa caza de mariposas desde la torpeza natural de un niño. Y, sin embargo, aquella mariposilla que persigue la tiene ya en sus manos. Es la palabra madura que evocan estos versos del primer poema seleccionado: «La palabra madura / bajo tierra en la noche / mientras su luz espera / al gallo que la nombre».

Por la cantidad y calidad de esta poesía, se podría escribir mucho. Aquí apenas dejaré una tarjeta de invitación a su lectura. Encontrará lectores agradecidos de conocerle y de entrar en su casa. Hacia dentro, decía. Si entramos en su obra, pronto veremos que Jesús Aparicio hace poesía con cosas, cosas a la mano, sencillas y cercanas, tangibles. Pienso especialmente en los tres li-

bros que tuve la suerte de editar: *La papelerera de Pessoa*, *La luz sobre el almendro* y *La paciencia de Sísifo*.

Todo desfila por estos libros con la humilde grandeza de la necesidad, como en silencioso salmo de súplica y alabanza al mismo tiempo: un rincón en el cuarto, un papel arrugado, los ruidos del mundo, una rama vacía, el sabor de una fruta, el primer sol al alba, un nido entre la hojas, los deberes del día, las cuartillas que esperan en la mesa... Muchas, muchas más cosas que salen al encuentro del poeta, que van y vienen a su lado, que se dan a él para hacerle ser. Cosas pero también personas, naturalmente, aunque éstas queden discretamente sugeridas más que declaradas.

Escribir con cosas tiene un sentido que no es tan obvio como pudiera parecer. Cosas son la inmediata realidad en que estamos. Y la realidad es todo lo que hay, todo lo que tenemos y, por supuesto, todo lo que somos. No es cuestión de realismo o no realismo, ese término tan gastado ya, sobre todo cuando le ponemos adjetivos. Cosas nuestras: no realismo sino *reísmo*, un reísmo trascendente que como río nos lleva por donde a veces no sabemos o ni siquiera sospechamos, pero que ahí sigue imparable. Trascendente, en cuanto que las cosas que el poeta nombra y canta van mucho más allá de ellas mismas sin dejar de ser lo que simplemente son.

Podrá parecer esto una trivialidad o una pura elucubración y, sin embargo, creo que aquí tenemos una cla-

ve importante de la poesía de Aparicio. En el transcurrir del tiempo las personas vamos haciendo la vida en el encuentro constante con cosas, cosas en el sentido más amplio del término. Es la construcción de nuestro *yo*, la figura de nuestro ser que vamos haciendo poco a poco hasta el fin. Ser, identidad y figura de nosotros mismos que inevitablemente se alcanza con las cosas. Sin ellas no habría un *yo* ni por tanto vida. Las cosas nos dejan ser, nos hacen ser. Y todavía más: nos fuerzan a ser. Es la grandeza de lo más común y simple.

Jesús Aparicio sabe y aprecia esta verdad y la expresa maravillosamente en un éxtasis de alteridad claramente vivido e incesantemente renovado a cada libro, a cada poema, casi diría que a cada verso. Sin abstracciones ni apenas figuras retóricas, sin proclamas de absoluto, sin mirar por encima del hombro lo más sencillo y frágil, sin la vanidad de saber que sabe y mucho menos sin la soberbia de saberse nada. Solo ver y saber. Ser y estar. Estar junto a esas cosas que le salen al encuentro sin buscarlas. Cosas, alteridad, salida: éxtasis sin alharacas ni vistosos adornos, de tan poco valor casi siempre.

Con la poesía de Aparicio se descubre el sentido supremo de las cosas: empujarnos a vivir. Cuando en su poesía el poeta se agarra a las cosas se siente religado a ellas. También es así en otros poetas, naturalmente, pero no suelen dar el paso adelante de valorar su sentido. Con la poesía de Aparicio sabemos que nuestra religación a las cosas supone reconocer un poder que está en

ellas, no más allá. Es el poder de la realidad, último, posibilitante e impelente de lo que somos.

El poeta elegirá especialmente algunas de las infinitas cosas a mano, pero sabe que ya antes le eligieron ellas. Y lo cuenta en sus poemas y las cantan sus versos con una hermosa piedad, tantas veces sobrecogedora. Saliendo de sí, vaciándose sobre lo que está ahí fuera, volverá el poeta a casa enriquecido con más ser. La sabiduría poética de Aparicio reside en su sabiduría de ver. De nuevo invito al lector a que lo compruebe en cualquier página.

Estas palabras mías apenas dicen nada comparadas con lo que son capaces de decir los versos de Jesús Aparicio. Pondré un ejemplo, elegido casi al azar: «La sombra de esta higuera me cobija / hoy, mañana será templo de otros / peregrinos. // Una vez pasaré por este huerto, / que no pise mi pie la inocencia del caracol, / que disfrute mi boca, una vez, / la sangre del tomate que la tierra / me regala sin merecerlo. // Cambia de piel la nube por efecto / del aire que respiro / y encuentra su perfil, una vez, / espejo en mis ojos. // El día es corto y único, / que no les falte el pan a las hormigas». Un ejemplo entre mil.

Son las cosas comunes vividas; tan poca cosa que parecen nada, pero sin ellas la vida falta, nos falta. Este texto se titula «Poema de una vez». Una vez, una sola vez ya es el tiempo entero, pues esa única vez es todo lo que tenemos, la suprema grandeza de unos poco se-

gundos, alerta el corazón a cuanto lo eleva y ensalza y que él quiere agradecer. Así es la poesía de Aparicio: éxtasis de un momento, uno, cada uno. No somos dueños de las cosas, ellas nos tienen, somos su posesión desde un poder en ellas que las constituye en lo que son y que las lanza hacia un algo otro más allá de ellas mismas.

Hay mucho más en esta poesía. Lo irá encontrando el lector de sorpresa en sorpresa. Temo que, por insistir en las cosas como centro poético de la obra de Jesús Aparicio, esté dando la impresión de tomarla como poesía descriptiva, inmediatesta, fotográfica. En absoluto lo es. Lo que querría sugerir es justo lo contrario: poesía honda, intensamente lírica, atendida a lo de fuera para ir muy adentro, allá donde todo se sustancia y transfigura en alma propia y propia carne. Alma y carne de un *yo* que por efecto de la palabra justa somos ya cada uno y somos todos. El autor va desapareciendo poco a poco de sus páginas para que sobre ellas aparezcamos nosotros.

Es el noble espejismo de la mejor humildad. No pretendida sino entrañada, pues habiendo sido poseído por las cosas el poeta no aspira a ser más que ellas sino menos, de forma que por su palabra las cosas tomen ahora posesión del lector, siendo ahora los dos, el lector y las cosas, los únicos protagonistas de la página. Y ya es el lector quien escribe; el poeta se ha despojado de mucho de sí mismo y sabe que el hecho de que él escri-

ba no es tan importante como que las cosas hablen y el lector recoja sus palabras. No es un galimatías sino un camino con corazón a nuestro alcance. Los caminos están cuando la huella existe. Pisemos por donde el poeta va.

Y en su camino está también el dolor. No hay forma de vivir sin dar con él; llega siempre, nos busca, nos atraviesa. Y quizá el poeta, por su propia condición, lo viva con mayor intensidad. Quizá. En cualquier caso, el dolor viene y conquista. Al ser este libro una antología se ve bien que con el paso de los libros y los años el dolor va apareciendo con más frecuencia a cada nuevo libro. El poeta miraba mucho afuera las cosas de su vida, y entre ellas un día llegó el dolor. Se hizo presente y no se va, habitó entre nosotros. Ahora aquellas cosas que tanto amó y cantó le dan un poco de su poder para cargar con la cruz.

Nadie es excepción pero el poeta escribe. Y nosotros con él: «Un viento negro hiere la transparencia del jardín. // Vivir tiene a veces / ritmos de zarpa / (siempre se ha dicho) / que desgarran el corazón / y es preciso aprender de la paciencia / de las cosas secas y su color / de despedida, / que se dejan caer a los pies del verdugo / y hacen paraíso. // El ritmo que nos niega / anticipa otra música / que se escribe con sangre / nunca se coagula». «Ritmos de zarpa» es el título inevitable del poema. Si toda la poesía de Jesús Aparicio estaba en «Poema de una vez», en «Ritmos de zarpa» está el

hombre entero en vida y obra, tierra y fe, lugar y transfiguración. Es emocionante ir viendo como el dolor, cada vez más presente en sus libros, le hace elevar los ojos desde sus cosas amadas hacia lo que vendrá.

Para terminar este apartado, una palabra sobre el estilo. Si hablando de literatura es inevitable referirse al estilo, mucho más cuando se habla de poesía. Sin embargo, a mí me parece que es secundario, porque el estilo se ve, está ahí, no hay más que mirar. Incluso careciendo de conocimientos o experiencia, cualquiera percibe el estilo. Bach y Beethoven, Góngora y Machado, Goya y Picasso... Y mil más. Todos tan distintos. Todos en su estilo. Se oye, se ve. Casi se toca. Puede que no se sepa decir gran cosa sobre él. No es necesario, pues la obra se vive, mucho antes de que se estudie.

No obstante, una palabra sobre el estilo de Aparicio. Destacaré sobre todo su libertad. Nunca se atuvo a normas. Ni las que vienen de fuera: las que imperan en el contexto literario de un cierto tiempo, las distintas modas y tendencias, las dominaciones que pretenden imponer modos y temas... Ni las que vienen de dentro: las que estarían en la propia naturaleza del hecho literario y poético, metro, ritmo, etc. Libre también, máximamente libre con respecto a distintas modalidades literarias: poéticas del silencio, de la experiencia, metafísica, reflexiva... Todo esto es un juego para ganar, aunque se pierda.

Pero Aparicio no juega. Solo busca la verdad, y la busca solo. La verdad de la realidad. La busca insistentemente, incansablemente desde hace ya muchos años y muchos libros. Por eso me emociona comprobar cómo la realidad *verdadera* en su poesía, y cómo va tomando forma esa verdad a medida que pasa el tiempo y vienen nuevas circunstancias y vicisitudes. La realidad *verdadera* en la poesía cuando el poeta se deja poseer sin dejarse llevar de tantas tentaciones que quitan verdad, que la niegan.

III

Después de mostrar algo de lo que es y hay en la poesía de Jesús Aparicio, querría decir algo más desde una tercera orientación: la que intenta ver la obra *desde dentro*, es decir, mirando hacia fuera. Por tanto, en contraste implícito con otras poéticas. Es menos importante esta orientación pero puede aportar algo todavía a la comprensión del conjunto de la obra. Intenté esta perspectiva en algún ensayo anterior y de nuevo la aplicaré aquí. Esta orientación, que se sustenta en planteamientos filosóficos poco transitados, parecerá sin duda alambicada a más de un lector. No obstante, es una perspectiva insuficientemente perfilada todavía, de ahí su carácter secundario en este prólogo.

Suelo acercarme a la creación artística en general, y especialmente la poética, por una doble vía. Primero,

viendo (quizá solo intuyendo) su forma, modo y mundo. Después, su tema, *tempo* y tono. Antes de aplicarlo a la poesía de Aparicio harán falta unas mínimas consideraciones filosóficas.

Toda creación es una realidad entre las infinitas realidades naturales, cósmicas y humanas. Con todas ellas queda configurada la realidad como un *todo* y como *una*. Entiendo por realidad aquello que es *de suyo* lo que es, con independencia de la subjetividad humana. La realidad como una, y todas las realidades en su diversidad, se actualizan en la inteligencia humana. Todo acercamiento a la realidad requiere una manera concreta de su actualización en la inteligencia, siendo la inteligencia mucho más que la razón. Inteligencia es penetración en la realidad, entrando ella en nosotros. Se hace *nuestra* a la vez que somos *suyos*. En el apartado II me referí ya a esta particularidad de la poesía de Aparicio que aprecio mucho. La razón, sin embargo, es algo bastante más limitado.

La obra de arte, y la poesía en concreto, es actualización de realidad, hacerla nuestra en la manera propia que puede hacerlo el arte. El poema es apropiación de realidad. El poema se hace real en su manera particular de ver y contemplar la realidad. Contemplación, actualización, apropiación: todo es estar en la realidad, y en la realidad de todo. Se diría que el poema es doblemente real: primero simplemente por ser real, después por hacer suya a su manera la realidad. Pues bien, toda

realidad concreta (el poema lo es) tiene su forma, modo y mundo de realidad bien concretos.

Forma es la figura con que una realidad se actualiza y se hace nuestra en la inteligencia. *Modo* es su carácter propio de ser respecto de otras realidades dentro de su mundo. Y *mundo*, el ámbito de estas realidades íntimamente respectivas unas de otras. La poesía de Jesús Aparicio como realidad concreta en el conjunto de la realidad poética española actual tiene su forma, modo y mundo propios. Su forma es serenidad y contención; su modo, independencia y libertad; su mundo, religación y soledad. Tres pares de conceptos descriptivos íntimamente relacionados.

Una segunda vía de comprensión de la obra mirando desde dentro, nos acerca a su tema, «tempo» y tono. Tres momentos o conceptos en correspondencia con los tres anteriores. El *tema* es el motivo principal que estructura y da sentido a la obra en su conjunto. El «*tempo*», su ritmo en la combinación de voces y materiales. El *tono*, su manera particular de elevar el canto a oídos del lector. Antes estábamos en el terreno de la filosofía; ahora en el campo de la música. La poesía es una realidad compleja cuya apropiación y entendimiento requiere de distintas vías de aproximación. Filosofía, música... Otras vías son también posibles.

En la poesía de Aparicio su tema, siempre tan presente, es la eternidad del instante y la inmensidad de las pequeñas cosas; instante y cosas que transportan en sí,

no más allá, un grano de trascendencia que germina y crece en el poema. Su «tempo» es un largo y lento movimiento de serena contemplación, arrebatada en los últimos compases (libros) por un sentimiento dolorido de lo que el vivir nos niega tantas veces. Y, finalmente, el tono general de esta poesía es el de un salmo de alabanza que tiende a ver que el mundo está bien hecho puesto que tanta inmensidad habita en él. Mas poco a poco se va asentando en esta poesía el clamor, la súplica, el silencio. Siempre llegan.

Ya decía al principio que escribiría desde el entusiasmo estas páginas sobre la poesía de Jesús Aparicio. Serenidad y contención en la contemplación de lo que se tiene y se pierde en el común y diario vivir. Independencia y libertad, claridad y hondura, búsqueda incesante en alta paz, fidelidad a sí mismo. Religación desde la soledad de un silencio en alabanza y súplica. Muchos momentos y páginas de gran poesía esperan al lector.

CAZA DE MARIPOSAS (POÉTICA)

No se dejan cazar las mariposas.
Se insinúan detrás del aligustre,
revolotean sobre los romeros,
derraman sus sonrisas en los ojos
felizmente abiertos de la caléndula,
llevan agua a las piedras y color
a las cenizas de un antiguo fuego,
se posan tras la oreja de ese niño
que quisiera aprehenderlas y no puede.

No puede porque no sabe usar
la red, porque le cansa golpear
el aire con sus tercos e insistentes
manotazos que apresan a las sombras
repitiendo una vida sin sentido,
porque ya se ha olvidado de crear
eterno el polvo de las mariposas.

Le esquivan como versos a un poeta
que no acierta a nombrar qué le da vida:
la sal que está en sus labios desde siempre.
No se dejan cazar las mariposas.

CON DISTINTA AGUA
(2002)

EN EL CENTRO DEL AGUA
está el germen del fuego,
la palabra que bebe
en lo oscuro su sueño.

En el vientre del mar
el silencio se mueve
y en su fondo va abriendo
la palabra que crece.

La palabra madura
bajo tierra en la noche
mientras su luz espera
al gallo que la nombre.

Ya se eleva su forma
cual ciprés entre nieblas,
llama al cielo esa lanza,
toca un punto una estrella.

Allí encuentra sentido
y alguien se hace su dueño,
clara y breve la vive
sin dejar de ser sueño.

RESURRECCIÓN

Un instante después de haberse muerto
se le abrieron los ojos asombrados
por una inusitada luz.

Sembró sobre la nada
su equipaje de cieno
y se sentó a esperar
en brazos del silencio
las rosas de otro mundo,
ebrio de claridad.

Recobró el tiempo azul de su infancia
y no bajó de allí.

NUNCA LA MISMA PALABRA

Más verde, con más agua.
Otra savia en la próxima memoria.
No corre el mismo río.
Nunca el aire de ayer respirará la montaña.

Palabra no envejece
y es siempre nombre propio.
Suena no usada al alba.

Juvenil, rara flor:
cada nueva lectura
es otro alumbramiento,
novísima esperanza.
Más verde, con más y distinta agua.

EL PEINE

*Tan callando se van
mudando los cabellos
en gris, ceniza y nada.*

Pasa el peine sus púas por diversos
amores, desamores, trabajos y placeres,
ausencias sentidas y presencias consentidas,
llantos ocultos, risas fingidas, todo melancolías
y nada va quedando
en ellas si no son
residuos vanos de memoria enferma.

Pasa el peine y cumple surcos nuevos
para abrir previo hueco
a nuestra horizontal estancia.

Pasa el peine por nuestras desgredadas cabezas
y no nos hemos enterado
de lo que vale.
Al fin y al cabo, nada.

DOS ESCENAS, UN MISMO FIN

La anciana en su butaca
pasa inmóvil las cuentas del rosario
bisbiseando el rezo
mientras revive el pensamiento instantes,
fotos en blanco y negro,
de su acabada historia
para que pase el tiempo.

Yo en mi sillón, aislado,
releo fiel un libro de poemas
recontando sus versos
mientras el pensamiento sobrevuela
el cine de mis sueños,
lo que está sin hacer,
para que pase el tiempo.